CÓMO REVOLUCIONAR UN CUENTO DE HADAS

Federico Ivanier

loqueleo

La honestidad del espejo
(y otras cuestiones)

Antes de que se fuera todo al diablo, el rey murió.

La reina no hizo mucho aspaviento. También es verdad (no hay por qué negarlo) que la reina tampoco era de andar mostrando cómo se sentía. Mucho menos, así como así, delante de cualquiera.

Además, Julio, el rey, tuvo una muerte bastante ridícula: en medio de una de sus comilonas, cayó seco contra el plato, con un bocado de lechón en la boca y causando perplejidad en los expertos en medicina de la corte (que tampoco eran *tan* expertos).

De todos modos, Julio el Salvaje (como se lo conocía) no servía mucho para la carrera de marido. Su problema, más que nada, era que faltaba mucho. Allá donde alguien salía en alguna misión, tipo, hay que ir al medio del mar a matar un par de *krakens* que andan partiendo barcos en dos, allá salía él. Allá donde había gigantes de piedra invadiendo países o aldeas, destruyendo todo a su paso, "¡me apunto en esta!", exclamaba, y no importaba si justo hacía fecha de la primera cita o si estaba en medio de una cena romántica. ¿Alguien había visto

un perro gigante de tres cabezas? "¡Eso sí que no me lo pierdo!", eran las palabras de Julio antes de que de él quedara solo polvo flotando en el aire.

Arcana, la reina, no podía quejarse mucho, en realidad, porque Julio la había conocido durante una de esas expediciones. En ese momento, no era ni princesa ni nada por el estilo, sino una simple doncella secuestrada por una bestia mortífera. Llegó hasta los oídos de Julio que había un enorme dragón dorado que tenía secuestrado un tesoro y, además, a una joven doncella (vaya uno a saber por qué los dragones hacían cosas así —quizá un sicólogo de dragones habría podido explicarlo, pero la psicología no se había inventado aún—), y Julio salió lo más rápido posible para que nadie llegara antes que él a enfrentarse con esa muerte casi segura.

Pero para Julio un simple *casi* alcanzaba para salir con vida. Sobrevivió. Y su regreso fue con Arcana: la joven doncella cuyo nombre significaba, literalmente, *incógnita*. Y la convirtió en su nueva esposa. Mi dragona, le decía.

Julio también tenía una hija, pero, como es fácil de imaginar, así como no era el mejor marido del mundo, tampoco brillaba como padre. Era muy bueno para pagar el colegio y la ropa y el club de equitación y el equipo para la equitación y el caballo para la equitación y hasta un pony (que no servía para equitación) y así sucesivamente, pero no mucho para pasar tiempo con su hija Blanca, estar allí emocionalmente y ocuparse de sus necesidades espirituales.

Pero ya llegaremos a Blanca.

La cuestión es que Julio, tras intentar morir de mil maneras distintas, terminó muriendo en una cena más, donde se suponía que no podía pasarle absolutamente nada.

Eso dejaba a Arcana a cargo de todo.

Apenas un par de días después de la muerte del rey, Arcana se hizo subir el espejo a su habitación. Porque Arcana, entre las cosas que se había traído de donde fuera que Julio la trajo, se había traído este espejo. Como ya se mencionó antes, el dragón tenía también, bajo su control, un tesoro. Este espejo era parte del tesoro, el mismo que Julio se había traído a Ciudad Hierro junto con la chica de largos cabellos castaños y misteriosos ojos grises.

Y ahora Arcana, la reina incógnita, era la única dueña de todo eso. Así que se llevó el espejo a su habitación.

Este espejo era de sus más preciados objetos. Lo había guardado en una caja negra en la catacumba más oculta del palacio. Solo ella sabía bien dónde estaba. Ahora que Julio había dejado de ser el Salvaje para ser el Finadito, lo puso en un sector oculto de su dormitorio.

En apariencia, eso era: un espejo. Un simple cristal ovalado, del tamaño de una persona adulta, sostenido por un doble pie de mármol negro. Solo que, como se sabe, las apariencias engañan.

De momento, alcanza aclarar que ninguna persona vio el espejo ni una sola vez: la reina lo tenía siempre cubierto por un terciopelo rojo, en una habitación especial, dentro de su enorme clóset. Nadie tenía permiso de mirar detrás de la tela roja. Absolutamente nadie. Solo ella. Y a solas.

Por eso, comenzaron las habladurías. Que el espejo era de oro. Que estaba rodeado de diamantes y zafiros y esmeraldas. Que podía reflejar todas las estrellas del cielo. Que quien se mirase en su superficie pulida se convertía automáticamente en una persona más bella. Y luego, moría.

Sí, suena un poco raro, pero, por lo general, las habladurías son raras. Cuanto más raras, más interesantes. Especialmente en Ciudad Hierro. Era una ciudad de habladurías.

La cuestión es que nadie dudó de que ese era un espejo mágico. Pero nadie lo vio. Mucho menos, contempló su imagen en él. Ni siquiera Blanca, la hija del anterior matrimonio del rey. Allí, en su superficie brillante, las cosas todavía eran mejores que en la vida real. Lo joven parecía más joven, lo bello más bello, lo rojo más rojo, lo alto más alto.

De ahí que Arcana tuviera una costumbre: todas las mañanas, se levantaba, peinaba su increíble pelo (Dios mío, decía la gente, parece seda, parece la mismísima noche) siempre con el mismo peine (uno rojo, sin mango) y, cuando al fin terminaba, se paraba frente al espejo y preguntaba:



—Espejo, espejito, ¿quién es en este reino la más hermosa?

Le gustaba decirlo así, de manera rara. Y bastante tonta. Para empezar, ¿qué sentido tiene decirle "espejito" a semejante espejo? Aunque esto era poco preocupante en comparación con hablarle a un espejo (y esperar respuesta).

Pero la cosa era que el espejo respondía (lo cual demuestra que sí era mágico y que la gente, por básica que fuera, no le erraba con sus habladurías). Y respondía siempre igual:

—La más hermosa es usted, Arcana.

Porque sí, Arcana realmente estaba muy bien. Muchos venían desde lejos solo para verla. Su belleza exprimía la respiración. Uf, está cañón, decían. Hubo quienes salieron convencidos de que Arcana podía flotar, ser invisible, cambiar de forma y hasta convertirse en alas de mariposa.

Así que, cada mañana, feliz con la respuesta del espejo, Arcana sentía que el universo estaba en orden.

Sin embargo, llegó el día en que la respuesta del espejo cambió, ya que además de mágico, el espejo era honesto.

—¡¿Cómo que no soy yo la más hermosa del reino?! —exclamó Arcana.

—No se sulfure, reina —respondió el espejo—, es que… no le voy a mentir.

—¿Cómo que no me vas a mentir?

—¡Y claro! ¡No le voy a mentir!

La reina Arcana meditó. Trató de suspirar, pero el corsé que llevaba puesto la apretaba un poco. En realidad, no la dejaba respirar (como todo corsé que se respete un poco a sí mismo), pero la hacía estar bella y tener cinturita de avispa, por lo que Arcana aceptaba la incomodidad sin mucha vuelta. Pensó en sacárselo, pero sabía bien que eso podía traer consecuencias variopintas y no necesariamente muy buenas. Porque no solo el espejo era mágico. Había más magia repartida por ahí.

—Soy un espejo serio.

—Y yo soy la reina. Si dijera que me mintieras, ¡estarías obligado a mentirme y punto!

—Está bien. Pensándolo bien, sí, reina, usted es la más hermosa del reino.

Arcana abrió la boca con sorpresa, escandalizada. Entrecerró sus pupilas.

—¿Vos? ¿Mintiéndome? ¿A mí? ¿A tu reina?

—Eh... este...

—Yo nada más dije que si me *tuvieras* que mentir, *estarías* obligado a mentirme.

—Muy bien. ¿Entonces? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Decirme la verdad, por supuesto.

—Bueno, Arcana, hoy por hoy usted no es la más hermosa del reino. *Pero* —siguió el espejo—, goza de un excelente segundo puesto.

—¡¿Segundo puesto?!

—Okey. No voy a hablar más. ¿Qué soy yo? Apenas un espejo. Puedo verlo todo, saber lo que está ocurriendo

cuando está ocurriendo, soltar hechizos mágicos, pero, a ver, ¿eso me hace un experto en belleza? No.

—Espejo…

Nada.

Arcana suspiró.

—Okey, okey, okey —la reina se llevó el índice y el pulgar de la mano derecha al puente de la nariz—. ¿Y quién es la actual persona más hermosa del reino, si pudiera saberse?

La respuesta del espejo provocó primero sorpresa, luego incredulidad y luego armó un lío bárbaro que modificó la vida de mucha gente y, en particular, la de una persona (pista: su nombre empieza con B).

Todo por culpa de la honestidad del espejo.